

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA

SÓLO MADRID ES CORTE

LA CAPITAL DE DOS MUNDOS BAJO FELIPE IV

Prólogo de Gabriel Maura Gamazo



COLECCIÓN MADRID
EDICIONES ULISES

PRÓLOGO de <i>Gabriel Maura Gamazo</i>	7
--	---

SÓLO MADRID ES CORTE

ADVERTENCIA PRELIMINAR	19
----------------------------------	----

PRIMERA PARTE

LA CAPITAL DE FELIPE «EL GRANDE»: CALLES, PLAZAS Y PASEOS

I. LAS GRANDEZAS DE MADRID, SEGÚN SUS CRONISTAS	27
II. EL RECINTO URBANO	36
III. ASPECTO GENERAL DE LA VILLA	44
IV. LAS VÍAS PRINCIPALES DE LA CORTE.	55
V. LA PLAZA MAYOR.	62
VI. INCENDIO DE LA PLAZA MAYOR EN 1631	67
VII. LA CALLE MAYOR.	72
VIII. LA PUERTA DEL SOL	82
IX. LA CALLE DE LA MONTERA	87
X. LA CALLE DE ALCALÁ Y LA CARRERA DE SAN JERÓNIMO	90
XI. EL PRADO DE SAN JERÓNIMO	95
XII. EL PRADO DE RECOLETOS	101
XIII. LOS ALREDEDORES DE MADRID	104
XIV. EL «SECO» MANZANARES: SUS DETRACTORES Y APOLOGISTAS	114

SEGUNDA PARTE
CONSTRUCCIONES DESTACADAS DE LA VILLA

xv. EDIFICIOS CIVILES NOTABLES.	125
xvi. CASAS RELIGIOSAS AL ADVENIMIENTO DE FELIPE IV: PARROQUIAS, IGLESIAS, CONVENTOS Y HOSPITALES	132
xvii. FUNDACIONES PÍAS MADRILEÑAS EN LOS TIEMPOS DEL CUARTO FELIPE.	141
xviii. LAS FUENTES PÚBLICAS	153
xix. LAS FUENTES DEL PRADO	166

TERCERA PARTE
EL VECINDARIO, LA HIGIENE Y LA ADMINISTRACIÓN

xx. LA POBLACIÓN CORRIENTE Y LA AGLOMERACIÓN DE FORASTEROS . .	173
xxi. SUCIEDAD Y DESCUIDO URBANOS	179
xxii. LA SALUD PÚBLICA: LA BASURA COMO RECURSO PROFILÁCTICO . . .	187
xxiii. EL RÉGIMEN MUNICIPAL.	194
xxiv. LOS ALCALDES DE CASA Y CORTE	199

CUARTA PARTE
COMIDAS, BEBIDAS Y ALBERGUES

xxv. EL ABASTECIMIENTO DE LA VILLA	207
xxvi. TABERNAS Y VINOS	211
xxvii. LAS BEBIDAS COMPUESTAS Y SUS EXPENDEDORES	216
xxviii. LA VENTA DE REFRESCOS	219
xxix. LA CERVEZA	221
xxx. ALOJERÍAS.	223
xxxi. LAS BEBIDAS FRÍAS	227
xxxii. FIGONES Y BODEGONES	233
xxxiii. LAS POSADAS Y SUS RIESGOS	237
xxxiv. LOS MESONES	243

QUINTA PARTE

MANUFACTURAS, ARTÍFICES, TIENDAS Y MERCADOS

xxxv. LA INDUSTRIA Y EL COMERCIO MATRITENSES	251
xxxvi. LOS GREMIOS.	259
xxxvii. LAS ELEGANCIAS DE LA CALLE MAYOR	263
xxxviii. EL MERCADO DE SANTA CRUZ	269

SEXTA PARTE

DÍA Y NOCHE DE MADRID

xxxix. EL EMPLEO COTIDIANO DE LA JORNADA	275
xl. LA ASISTENCIA A MISA.	280
xli. LOS MENTIDEROS. LAS «GRADAS DE SAN FELIPE»	287
xlii. LAS LOSAS DE PALACIO	298
xliii. EL «MENTIDERO DE REPRESENTANTES»	301
xliv. LA «RÚA» EN LA CALLE MAYOR	308
xlv. LAS TARDES EN EL PRADO	316
xlvi. EL MANZANARES, CENTRO DE SOLAZ CORTESANO.	325
xlvii. DIVERSIONES EN CAMPOS Y JARDINES	332
xlviii. LA «HUERTA DE JUAN FERNÁNDEZ»	337
xlix. MADRID DE NOCHE: EL AMOR VELA.	341
l. LOS PELIGROS DE LA CORTE	344
li. EL REFLEJO LITERARIO DE LA PICARESCA MADRILEÑA	349
lii. LOS DETRACTORES DE MADRID.	355
liii. CONCLUSIÓN	360
APÉNDICE GRÁFICO	363

PRÓLOGO

DEFIERO gustosísimo a la amable invitación del señor Deleito y Piñuela para que escriba este prólogo, por varias razones: porque admiro de antiguo su laboriosidad infatigable, sus escrupulosos métodos de trabajo y la correcta lisura de su estilo; porque estoy persuadido de que las monografías analíticas agotadoras de temas concretos, aun minúsculos, son más útiles a la cultura patria que aquellas Historias Universales del pasado siglo, impresas en cinco, seis o más gruesos volúmenes, pero plagadas de inexactitudes de hecho y, por consiguiente, de prematuras y falsas conclusiones sintéticas, bautizadas fementidamente con el pomposo título de Filosofía de la Historia; porque me place, como al autor, explorar los aledaños de la Historia grande escrutando la vida cotidiana de nuestros mayores, con preferencia a la de los días heroicos, a semejanza del turista que rehúye visitar las ciudades en feria, a fin de conocer mejor su normal y auténtica, fisonomía; por referirse estas páginas al siglo XVII, objeto también de mis estudios predilectos; y, en fin, porque el protagonista de la obra es este Madrid donde vine al mundo y al que tuve siempre cariño filial, acrecentado en los últimos años por mis ausencias y sus infortunios.

Sólo Madrid es Corte llegó a ser, hacia mediados del siglo XVII, un dicho popular español, puerilmente vanidoso, pero sincero. Se debió de escuchar por primera vez en las gradas de San Felipe, lanzado por algún pretendiente a quien acabase de complacer magnánimo el rey; por algún galán, militar o civil, piropoeador de bellezas femeninas, o por algún visitante forastero, deslumbrado, de verdad, ante el esplendoroso fausto cortesano.

Después, diversamente matizado ya, debió de trascender como axioma a los otros dos grandes centros de la vida madrileña: el mentidero político de las losas de Palacio, y el llamado de representantes, en la calle del León, al cual concurrían asiduos, no solamente los ases de la farándula, sino los literatos, publicistas y libelistas de gran renombre, peor lengua o más venenosa pluma.

Don Alonso Núñez de Castro prohijó, anticipadamente, el dicho hiperbólico, titulando con él su libro apologético de la capital del mundo hispánico; y por esa razón desde hace tres siglos el rótulo inscrito en su tejuelo campea ufano en los plúteos de todas las buenas bibliotecas, públicas o privadas. Suavemente irónico, lo resucita ahora Deleito en la portada de este libro.

Sin más que alterar levemente el orden de sus vocablos quedará convertido en realidad indiscutible; porque *Madrid sólo es Corte*, a diferencia de casi todas las demás capitales de Europa, que son, hoy como ayer, grandes núcleos urbanos, emporios de producción o de comercio, cuya importancia económica iguala, por lo menos, a la política.

Una de las causas de esa singularidad, trivial de puro conocida, dimana del emplazamiento. Madrid no dispone de estuarios como los del Támesis o el Tajo, ni de río navegable como el Danubio o el Sena, ni siquiera de puerto propiciamente inmediato como El

Pireo, Ostia o Civitavecchia. Para fines de comunicación marítima con el resto del mundo hubo de utilizar, bajo los Felipes, las remotas bahías mediterráneas de Alicante y Denia, o las atlánticas, más lejanas aún, de Sanlúcar de Barrameda y Cádiz. Su ruin Manzanares no le sirvió sino de origen perenne de burlonas cuchufletas, y, circunstancial, de inundaciones catastróficas.

Pero no creo que nuestra capital superase por entonces en suciedad a París, Londres o Roma, si hemos de prestar fe a los testimonios franceses, ingleses o italianos coetáneos. Polvorienta en cualquier estación (y en la calurosa hasta la asfixia), la extrema sequedad de su clima y de su suelo la preservó, en cambio, del fétido barrizal que hacía intransitables, a pie, las calles parisinas o londinenses, y de la malaria palúdica, azote estival y otoñal de la ciudad de los Papas.

Cierto que se resintió de la escasez de agua hasta que se ultimaron, en tiempo de Isabel II, las conducciones canalizadas del Lozoya, y que esta deficiencia repercutió (como no podía menos suceder) en la limpieza pública.

El escritor del Siglo de Oro que llama a su rival

*poeta de entre once y doce,
que es cuando vacía la gente,*

denuncia la costumbre contemporánea de reservar para esa hora tardía los desahogos del ¡Agua va! Pero sus únicas víctimas hubieron de ser los nocherniegos, porque a la siguiente mañana los animales domésticos que pululaban en la urbe (perros, gatos, cerdos, gallinas, etc.) tomaban gratuitamente a su cargo, amén de los traperos, la función edilicia, y el vívido sol madrileño enjugaba los regatos pestilentes y esterilizaba los detritos putrefactos, devolviendo al aire